

El Voto de Lydia

UNA CONFESIÓN DE UNA CÉLULA DEL MISTERIO

Mi nombre es Lydia Dzumardjin, soy una mujer de la tribu nómada Mardeena. Mi tribu pertenece a Parthia, lo que hoy es Irán, una tierra conocida por sus guerreros con habilidades en el tiro con arco a caballo. Nací en el 306 d.C. en Hecatombylos, la ciudad de las cien puertas, una encrucijada para los viajeros, los comerciantes de la ruta de la seda, bandidos, eruditos y místicos errantes. Mis padres eran observadores del cielo llamados Sabeas, descendientes de un largo linaje de videntes y adivinadores. Los Mardeena montaban sus tiendas por toda Parthia y al Este hacia el Levante. Resulta que yo nací dentro de las murallas de una ciudad con muchas puertas, cuando la tribu celebraba el Festival de Amber que tenía lugar cada cinco años.

Escribo estas palabras para compartir un voto que hice cuando tenía 35 años, y cómo llegué a consumir este voto cuando viví mucho después, en otra vida en el futuro, en el siglo XXI.

La célula de Antioquía

Hice el voto un día de otoño de 341 d.C. en un encuentro cerca de Antioquía, lo que ahora es Antalya, Turquía. Estaba rodeada de amigos cercanos y aliados espirituales de una célula de la red de Escuelas de Misterio de la antigüedad. Esas células eran grupos privados que se reunían regularmente en un lugar sagrado, o bien un templo o una gruta o en una arboleda. Los miembros eran shamanes consumados que practicaban la danza en trance para adquirir sabiduría.

Esa tarde fue excepcional porque habían venido los dieciséis miembros de la célula de Antioquía. Generalmente, nos reuníamos en grupos de ocho, cuatro hombres y cuatro mujeres con turnos rotativos. Éramos la célula más respetada de Siria, una de las últimas redes de shamanes y videntes que alguna vez había sido de gran alcance y que compartían una visión de Sophia, la diosa terrestre. Hoy, la gente llama a esta misma entidad “Gaia”, que significa el planeta vivo, el superorganismo donde los humanos existen como células autoconscientes.

Me uní a la célula de Antioquía cuando tenía 24 años y en siete años entré en el grupo nuclear, la Compañía de los Ocho. Antes de llegar a Antioquía, enseñaba astronomía en el campus del Misterio en Damasco y escribí numerosos pergaminos que se depositaron allí en la biblioteca. (Estos escritos luego fueron destruidos en la campaña cristiana para erradicar los Misterios y todo el conocimiento que surgió de ellos -toda la alta cultura de la civilización pagana-). Por la popularidad de los pergaminos y mis enseñanzas, llegué a ser conocida como Lydia de Damasco. También era bailarina. En las artes sagradas de aquel tiempo y lugar, la danza y la astronomía estaban íntimamente relacionados. Bailaba a los patrones cambiantes de las estrellas y los planetas errantes.

Engaño malvado

Aquella tarde de otoño del 341 d.C., los miembros de la célula de Antioquía -nos llamábamos a nosotros mismos *telestai*, “aquellos a los que se aspira”- estábamos inmersos en una conversación sobre el Kali Yuga, la última fase del gran ciclo cósmico medido por el Zodiaco. Hablábamos en griego, usando el término *kairos poneiros* para el Kali Yuga. Mirábamos hacia adelante a un tiempo en que el engaño triunfaría porque las facultades humanas se habían adormecido, y las mentiras dominaban cualquier sentido de la realidad. Un tiempo en que la gente sería incapaz de discernir la verdad de la falsedad. Incapaces, por ejemplo, de distinguir el plástico de una perla.

Reunidos en el resplandor amarillento de las lámparas de aceite de semilla, charlábamos sobre una época futura donde cada idea sagrada sería violada o ridiculizada. En la época de *poneiros*, sería difícil solo distinguir lo auténtico de lo falso: sería imposible. Pensábamos que iba a llegar un momento, unos 16 siglos después, en que la raza humana se sumergiría en una desesperada confusión, habiendo perdido todo el sentido del poder sustentador e inspirador de lo Sagrado.

En nuestra tradición de misticismo pagano, entendíamos que lo Sagrado era la presencia divina que sustenta la vida en la tierra y nos hace conscientes de estar vivos, la diosa planetaria a quien llamamos

Sophia, “sabiduría divina”. Conocíamos a Sophia directamente como la fuente última de la belleza, el júbilo, la verdad, la salud y el conocimiento inspirado.

Pero sin el contacto directo con lo Sagrado, la diosa viva que es la tierra, ¿cómo podía la humanidad continuar por su camino apropiado? Si la gente del futuro había perdido esta conexión, ¿cómo podría sobrevivir la sociedad humana? ¿Qué criterio necesitaría la gente del futuro que les proporcionara el contacto inmediato con la fuente divina, la Diosa?

En aquella noche de otoño, nosotros, los de la célula de Antioquía nos sumimos en la perplejidad y la preocupación. A lo largo de la tarde y bien entrado el amanecer, reflexionamos para dar una solución a la humanidad en el Kali Yuga, una herramienta de guía para los duros tiempos del engaño malvado.

Un voto sagrado

En ese momento tuvimos algo muy claro. Cuando todo acceso genuino a lo Sagrado había sido violado, oscurecido por un triple velo de mentiras, engaños y creencias retorcidas, llegaría el momento de ofrecer algo verdaderamente inviolable -no un principio, ni un mensaje, ni un gran plan o enseñanza, tampoco la promesa de un mesías, sino algo supremo y prístino-. *Un criterio para la verdad que no podía ser violada*. Un misterio que daría a cada persona sobre la tierra acceso a la presencia divina, y la sabiduría que fluye de esa presencia, directa y de primera mano.

A nuestro parecer, solo había una forma de que esta fantástica oportunidad se presentara. Alguien de esa época futura tendría que revelar el secreto más guardado de nuestra tradición, la base de nuestro trabajo y el método que usamos para conseguirlo. Los Misterios eran escuelas antiguas de coevolución, centros de aprendizaje y experimentación mística. Sus miembros eran shamanes consumados que traducían sus conocimientos adquiridos en estados alterados en un programa de guía educativa para el mundo en general. Enseñábamos todas las artes y ciencias, desde la alquimia a la zoología. Fuimos los educadores de la antigüedad. Los fundadores del comercio y las artes sagradas por igual. Presentamos y favorecimos la alfabetización. Desarrollamos una gran variedad de materias, pero debido al voto secreto que nuestra organización mantuvo intacto durante miles de años, *no revelamos cómo nosotros mismos aprendimos lo que enseñábamos*.

El secreto más guardado de los Misterios era la instrucción de la Luz. Entrando en trance deliberado, aprendíamos directamente de la diosa de la Sabiduría, Sophia. *Interactuábamos con Su luminosidad*. El medio de nuestra instrucción era una suave radiación profunda que no arroja sombra, la Luz Orgánica. No es una luz que radia en el espacio, sino que brota de la masa material de las cosas como si se tratara de una erupción nacarada. No es transparente, sino lechosa. Contemplando la Luz Orgánica con la concentración constante, los ojos bien abiertos y sin dar paso a alucinaciones, interactuábamos con la mente planetaria como si conversáramos con otra persona. Ese es el método de la iluminación en los Misterios, probado en el tiempo e inviolable. Se podría llamar *aprendizaje en trance*.

Gaia-Sophia

Esa tarde trascendental, los dieciséis miembros de la célula de Antioquía hicimos un voto que consistía en que uno de nosotros, reencarnado al final del Kali Yuga, desvelaría al mundo la técnica y el método de la instrucción en los Misterios. ¡Pero este método estaba protegido por un voto sagrado de silencio! Así, sería necesario, en ese futuro, transgredir un voto para satisfacer otro. Sucedió que yo, Lydia de Damasco, era el miembro de la célula que realizaría esa misión y renunciaría al voto sagrado de silencio relativo a la Luz Orgánica.

En noviembre de 2.006, apareció un libro titulado *Not in His Image*. Este libro revelaba un saber privado de la Luz Orgánica que nunca antes se había divulgado, ni de forma impresa ni en el discurso público. *Nunca*. Existen varias tradiciones esotéricas que aluden a la Luz Orgánica, pero no ofrecen una descripción clara de la apariencia y la actividad de la Luz. Tampoco explican de una manera explícita cómo aprender las distintas formas de interactuar con ella.

Para aquellos que vieron la Luz Orgánica por primera vez, los místicos mayores de una célula del Misterio tenían una bendición de bienvenida:

“Niño, tú has caído en la leche”

Este es un compromiso de *Not in His Image*, escrito para los místicos del futuro. Ofrezco esta confesión para aquellos que reconozcan la visión Sofiánica en sus propios corazones, y deseen contemplar a la Diosa en su lechoso cuerpo luminoso. Les hago saber que yo, Lydia de Damasco, estoy aquí. Las tribus de Gaia-Sophia se están reuniendo. Estoy a disposición para la conversación mística que guiará a nuestra especie en el amor y la verdad, en armonía con Gaia todos los seres sensibles.

lydia@metahistory.org



[En metahistory.org](http://metahistory.org)

Traducido por Rocío Gómez y Javier Martínez



Usted es libre de:

- copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — debe dar crédito adecuado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Usted puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero de ninguna manera que sugiera que el licenciador lo respalda a usted o apoya el uso que hace de su obra.

No comercial — usted no puede utilizar el material para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia — si usted altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada de ésta, deben distribuir la obra generada bajo la misma licencia que la original.

[Licencia Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

